



DEVASTACIONES, SUEÑOS

Antonio Gracia

Literaturas  Com Libros

AVISO

Sólo los libros adquiridos y descargados en la editorial española Literaturas Com Libros son originales. No nos hacemos responsables de ediciones que no hayan sido solicitadas desde nuestra página web.

Cuidado lector, es posible que recibas este libro, lo que no garantizamos si no lo has descargado en nuestro sitio oficial es que estés leyendo el autentico, el que el autor escribió.

Haz un uso respetuoso de este libro y de los derechos del autor. Gracias.



Literaturas Com Libros edita el texto original, autorizado por su autor, del polémico libro "Devastaciones, sueños" premiado y despremiado con el Loewe 2004.

Antonio Gracia - Bigastro - Alicante 1946. Ha publicado los poemarios "La estatura del ansia", "Palimpsesto", "Los ojos de la metáfora", "Hacia la luz", "Libro de los anhelos" y "Reconstrucción de un diario". Ha obtenido los siguientes premios:

Fundación Fernando Rielo por "La epopeya interior", el José Hierro por "El himno en la elegía", el premio Paul Beckett de la Fundación Valparaíso con "Una elevada senda".

Puedes ponerte en contacto con el autor en :

antoniogracia@literaturas.com

En Internet:

<http://literaturascomlibros.blogspot.com/2007/01/4-devastaciones-sueos-antonio-gracia.html>



Devastaciones, sueños

Antonio Gracia

Devastaciones, sueños

Literaturas  Com Libros

1ª Edición Octubre 2005

© Antonio Gracia Caselles

Diseño de la colección: Benjamin Escalonilla

Reservados todos los derechos de esta edición para:

Literaturas Comunicación, S.L.

Parador del Sol 9. E-28019 Madrid.

www.literaturas.com

info@literaturas.com

ISBN 84-609-7724-2

Deposito legal

Impresión: Publidisa

Impreso en España

a Oniria

El hecho de que la muerte acabe con la vida no significa que dejemos de existir.

T. Mann

Envidio a quienes sabéis lo que queréis y, además, sabéis dar: porque buscando y dando tenéis toda la paz que puede conseguirse.

R. Kipling

POESÍA Y FANTASMAGORÍA O LA DEVASTACIÓN DE LOS SUEÑOS

Al único libro publicado en vida por Fernando Pessoa, *Mensagem*, no le dieron el premio al que aspiraba porque le faltaba una página para llegar al mínimo requerido. Al poeta Antonio Gracia le retiraron el último premio Loewe, obtenido en buena lid, porque el original, o una versión previa del original, ya había sido presentado a otro concurso. Seguramente, ateniéndose a la letra del reglamento, en ambos casos el jurado tenía razón. Pero ¿restan esas razones administrativas algún mérito literario a los lapidarios poemas de *Mensagem*, a las desoladas meditaciones del libro de Antonio Gracia?

Leo en estos días de desbandada canicular *Devastaciones, sueños*, la obra casi simultáneamente premiada y degradada, y siento frío en el alma: pocas veces la reflexión sobre el sentido y el sin sentido de vivir habrá alcanzado tan dolorida intensidad.

En una de sus más secretas novelas, *El escritor*, publicada en 1942, escribió Azorín: «La vida es ilusión. Y la poesía no sería nada si no fuera ilusión. Tan apegados estamos a la ilusión, que muchas veces, leyendo un poema, ponemos en él mucho más de lo que en ese poema existe. Poemas que admiramos no los admiraríamos si los

creyéramos de un poeta mediocre. Poemas que desdeñamos, los admiraríamos si los creyéramos de un poeta predilecto».

A *Devastaciones, sueños*, galardonado con el glamoroso premio Loewe, le aguardaba, además de la gloria instantánea y efímera de los telediararios, el elogio simultáneo de todos los suplementos culturales y la atención admirativa de una mayoría de lectores. Como en otros casos —Antonio Cabrera, Lorenzo Oliván, Vicente Gallego— un poeta casi secreto, aunque de ya dilatada trayectoria, iba por primera vez a concitar la atención de un amplio público.

A *Devastaciones, sueños*, degradado públicamente su autor, convertido en injusto símbolo de todas las corrupciones que rodean a los premios literarios, le aguarda el silencio, el desdén, cuando no —por parte de los más ignaros bravucones críticos— la ofensiva desvalorización.

El libro, sin embargo, no ha cambiado. Pero la poesía, como la vida entera, no es más que ilusión. En la mayor parte de los casos, admiramos sólo lo que nos dicen que debemos admirar.

Las distintas secciones de *Devastaciones, sueños* —qué hermoso título y qué profético— nos hablan de «El nombre de la vida», de «Los rostros de la muerte»; también «De la consolación por la poesía».

Comienza el libro con una precisa recreación de uno de los tópicos fundamentales de nuestra cultura, el ser humano como microcosmos, como compendio del universo: «Mira los ojos: cómo transparentan / la luz del universo, donde el alma / es infinita; observa, enfebrecidos, / esos labios, por los que emerge el mundo».

Termina con una reescritura —«palimpsesto sobre R. K.» la llama el autor— de uno de los más famosos poemas de Rudyard Kipling, el titulado «If»: «Si, cuando todo

muere alrededor, / tu voluntad te abraza a la existencia / y decides seguir viviendo, dando / sentido redentor a tu derrota; / si, venciendo la desesperación, / conviertes la esperanza en albedrío / y consigues soñar sin que los sueños / te desposean de la realidad...»

Antonio Gracia, poeta alicantino de larga y guadianesca y ejemplar trayectoria, ha pedido disculpas y ha dado profusas y quizá confusas explicaciones de su error. Nadie le ha hecho caso. Los patrocinadores del Loewe, los prestigiosos miembros del jurado, la guapa gente que asistió a la fastuosa cena en el Palace (¿o fue en el Ritz?), no le perdonarán nunca el resonante ridículo en que les hizo incurrir.

Pero los buenos lectores de poesía, para los que su nombre no era desconocido, no tienen nada que perdonarle. Y los ácratas del mundo literario, que abundan menos de lo que debieran, no dejarán de felicitarle porque haya puesto involuntariamente en evidencia a un premio literario que se estrenó con Juan Luis Panero y la más clamorosa chapuza de los últimos años (Jon Juaristi alude a ello en un divertido poema: «Sátira primera a Rufo»).

Pero aquel libro irregularmente premiado de Juan Luis Panero, *Galería de fantasmas*, era una memorable recapitulación vital. Como lo es *Devastaciones, sueños*, premiado y despremiado, con razón en el primer caso y probablemente también con razón en el segundo.

«Recuerdo aquel dolor y aquella dicha», comienza uno de los poemas. La dicha de salir de la sombra y llegar a una mayoría de lectores, fue fugaz, y seguramente Antonio Gracia ya la ha olvidado; el dolor de sentirse de pronto convertido en escarmiento nacional, tardará en olvidarlo. Pero los avisados lectores que no se dejen distraer por las escandaleras de la vida literaria y busquen

estos versos heridores y sabios —en los que el autor se defiende de la muerte «como un río que lucha contra su manantial»— se sentirán reconfortados para siempre.

José Luis García Martín
Oviedo, 15 agosto 2005

I

El nombre de la vida

El astro enfebrecido

(palimpsesto sobre T. M.)

Mira los ojos: cómo transparentan
la luz del universo, donde el alma
es infinita; observa, enfebrecidos,
esos labios, por los que emerge el mundo.
Siente el cuello, que yergue la cabeza
y se abre sobre el pecho como un río
apaciguado; escucha el corazón,
su músculo sonoro, su sangrienta
geometría, el cúmulo de gárgolas
ardientes; y las vísceras añiles
enrojecidas por la voluntad
de la creación; los vasos y los filtros
ordenados en mágica armonía.
Contempla el firmamento esplendoroso
del epitelio cósmico interior,
las mil estrellas que el cerebro fragua.

Mira cómo se ordena el caos; mira
cómo surge la nada y se transforma
en cálida materia inteligente;
y cómo se dilata en los pulmones
y se expande en la rueda de la vida
hacia el pubis sediento. Observa, palpa
la humana simetría; huele el tacto
de las manos, los muslos, la osamenta
vestida con la carne que se burla
de toda podredumbre y canta firme
su exaltada salmodia, la lujuria
de la pura existencia incontenible,
irresoluble en muerte. Abraza el cuerpo,
repite su clamor y niega entonces
la furia del vivir y su conciencia
de eternidad.

Noche estrellada

Está la noche hermosa. Fulge el cielo.
Arde la oscuridad y centellea
cada cosa en su sitio. La armonía
del orbe da quietud al corazón
y el alma se alborozaba. Sueña el agua
en la fuente. El ciprés se eleva. Miro
una estrella sujeta al firmamento.
La exactitud de su belleza firme
otorga simetría al infinito
y certifica que soy yo quien mira
y ordena el caos con su contemplación.

Siento el poder de esa certeza. Canto
dentro de mí y el himno reverbera
como una melodía inextinguible.
El agua que da sed sacia mis ansias

y hacia el abrazo universal se eleva
la carne metafísica y doliente.

Cierro los ojos un instante y pienso,
de súbito, que el fijo resplandor
ya no es lo que parece, que contemplo
el hueco de una luz, fantasma inmóvil
errabundo por las constelaciones:
que la estrella tal vez murió y veo sólo
su hermosa y esplendente calavera.

Un cósmico dolor me asedia entonces
en medio de la noche, pues acaso
tampoco yo soy yo, sino un recuerdo
obstinado en vivir: el desvarío
de la decrepitud de la memoria.

La metafísica

Bajo el leve rocío de las nubes,
busco respuestas a la gran pregunta
de la existencia. Suenan los tañidos
de las campanas y el amanecer
llamando a las ermitas.

El campo huele a niebla, y el sendero
endurecido se convierte en barro
semejante a la tierra de las tumbas.
¿Cuándo será que pueda, una mañana
gozosa, levantar mi pensamiento
hasta la dicha de sentirme vivo,
sin que mi voluntad se tuerza y cuente
la fugitividad de los instantes?

Una canción jocosa me distrae
de mi meditación: una mujer
tiende la ropa bajo su techumbre;

su voz se quiebra; pero canta y ríe
sin más preocupación que la tarea
de hacer que el mundo siga cada día
soñando, contestando
a la vida viviéndola.

Sus frondosas caderas han traído
muchas vidas al mundo,
y sus dolientes senos han saciado
la sed y el hambre de alegría. Canta
porque su corazón se satisface
con la felicidad que da y recibe,
y que ahora cuelga sobre el tendedero.
Fijo en mis ojos esa imagen clara
en medio de la bruma que me envuelve;
y regreso sintiendo la vergüenza
del hombre ensimismado.

II

Los rostros de la muerte

Exaltación de las ruinas

Qué importa que esta piedra no ofrende la memoria
de excelsos mausoleos o palacios,
que no exhiba estandartes o ludibrios,
y que sobre sus ruinas calcinadas los cuervos
ocupen el lugar de las palomas
o las solemnes águilas. Se alzan
en la desolación de su miseria
ejércitos de risas y de llantos,
batallas y alegrías de un país extinguido.
Vasallo y rey yo fui de aquel imperio,
y cuanto permanece entre la herrumbre
es sueño y soledad, crecida ausencia,
aherrojados testigos de una infancia doliente
y heroica que fue mía,
y es hoy devastación y laberinto,
semilla oculta que renace en mí.

Lo inolvidable

Recuerdo aquel dolor y aquella dicha
de saber que cesaba el sufrimiento,
a veces.

Y los suicidios nunca consumados,
más dolorosos que la propia muerte.

Escrito en la frontera

Sueña el hombre que es luz y se ilumina
todo a su alrededor, hasta que un día
aparece la sombra en su mirada.

No existe ningún cielo capaz de redimir
el dolor de quien teme que existan sólo infiernos.

Todo fluye hacia el alma
mientras yo me defiende de la muerte
como un río que lucha contra su manantial.

Remémora

He abierto la ventana que da al campo
y que me ofrece el mundo cada día.
Repta en el tiempo un resplandor oscuro,
como un inerte saurio bajo el sol.
Se eleva la mañana;
y su paisaje gris y sucesivo
me deja ver el caminar estéril
de una sombra con forma de cadáver
indefinible aún:

harapos, flores
y fuego germinal avanzan, ciegos
sus ojos, hasta mí; trepa despacio
la liviana colina; asciende envuelta
en lumbre cenagosa y se adormece,
esperándome al fondo de la alcoba,
iluminada por la soledad
que, de pronto, me abraza.

Combatimento

Bajo los fríos astros enterrados
en el cuarzo del cielo se debate
la carne perfumada por la muerte.
Luchan los cuerpos en voraz delirio
queriendo convertirse cada uno
en la prisión del otro,
a fuerza de abrazarse mutuamente.
Pliega la noche su dolor sobre ellos,
pues tras la extenuación dejará el alba,
como una estatua informe y anhelante,
la efigie del deseo.

Ceniza sideral

Cansado cuerpo mío: acabarás
matándome, enterrando
el cadáver de mi alma en tu sepulcro
de carne fracasada. Este clamor
de eternidad que soy irá cediendo
su luz ante tu sombra, y las cenizas
no albergarán más fuego. Mientras tanto,
escucho el palpitar de tu existencia
tan próxima a la mía; admiro el frágil
armazón que me sirve de camino
hacia el color y el tacto: el mundo
sabe de mí porque lo abrazas; yo
lo reconozco porque en tu retina
se refugia el azul y vuela el pájaro
y duermen los crepúsculos.
Pronto me dejarás, cuerpo cansado;

cesarán tu fulgor y tu promesa;
mi ceguera será
definitiva.

El otro

Alguien que no soy yo me está mirando
desde la oscuridad; y con sus ojos
inquisidores grita que le usurpo
su propio ser, esfinge
del naufragio del tiempo.

En ese laberinto interminable
de espejos y tinieblas, no hay más luz
que la del fuego, sombra
en la que reconozco una batalla
atávica y yacente.

Yo soy el otro que me está esperando
y aquel que puso su semilla en mí,
me digo en plena noche, encadenado
al ángel o al demonio. Y aunque llega
el alba con sus breves resplandores,
el dolor de no ser me pertenece.

Sobre una cripta

Ahora que ya sabes que todo está perdido
porque nada ocurrió como esperabas,
todo es también hermosamente claro
en su verdad secreta:
solamente el expolio y la guadaña
acechan el anhelo, profecías
de la desolación interminable
en que concluye todo paraíso.

Homo moriens

El furor de la piedra, la suavidad del aire
y el himno de las cosas,
todo cuanto surgió de los océanos
y fraguó su materia sensitiva,
se concilió un remoto amanecer;
y el engranaje de la voluntad
tejió el hueso con astros, manantiales
y ruinas,
hasta que el universo se hizo carne.
Corrió la sangre por las venas, puso
la luz su incendio en la materia, y fue
el estallido de la inteligencia.
Cuévanos en la entraña, linfas dulces
y osamentas de roca diseñaron
la geometría que llamamos hombre.
Después de tanta lucha,

ahora que fluye la ardorosa magia
del vivir en tu frente, y su relámpago
construye mundos, porvenir secreto,
mira cómo la muerte te destruye
y todo lo que fue sueño o derrota
se disuelve en ceniza.

El Sísifo infinito

Como el torrente que en la noche fluye
en un desbocamiento interminable,
descendí desde el sueño al desengaño
y desde el desengaño hasta el dolor.

Supe así que la vida es muerte impura
huyendo hacia el no ser definitivo,
pues tan sólo en la nada halla consuelo.

Pero la sed inextinguible encuentra,
incluso al borde de la tumba, causa
para su obstinación de eternidad.

Y aunque se sabe condenada al hierro,
el alma, alimentando su derrota,
persiste en la sublime contumacia
de transformar en cielos sus infiernos.

Oda para un cadáver

Este cuerpo que ha dado tanto amor
y tanto ha recibido, ya divisa
su ocaso en el azul del horizonte
y en la errante mirada de los astros.

Donde hubo potestad, queda ambición;
y donde exuberancia, decadencia.
En sus miembros aún brilla
el fulgor de la carne,
y estremecen su entraña los asedios
del tacto y el sabor, la risa fresca.

Se derraman las bocas como oscuras nostalgias
alrededor del músculo callado,
y la herrumbre se esparce lentamente
por la marchita realidad del sueño.

Quisiera ennoblecerse, derribar
la voluntad del tiempo,
mirar sólo la efigie de una vida
liviana y venturosa.

Pero llueve el invierno sus metales
sobre su corazón, que anhela y vive
más memoria que olvido, indiferencia
y no ebriedad sin nombre.

Siente que llega la devastación
ajena de la edad; y no le bastan
la fábula que aún sueña entre sus huesos
ni los placeres de la inteligencia.

Legado

Pienso en ti.

El mundo yace en calma.

La noche brilla oscura
sobre el dolor del hombre.

Aroma los recuerdos el jazmín
y la memoria dicta
la soledad de haber vivido mucho.

Lanzo palabras como redes densas
para apresar la vida.

¡En esta noche hermosa y milenaria
hay tantos escribiendo y esperando
ojos como los tuyos que comprendan
cuanto le confiaron a su pluma!

Tal vez ellos se busquen en mis versos
igual que yo me he hallado en los de otros.

Un día moriré,

y quedaré tan sólo en tu mirada,
única luz donde logré escribir
mi nombre verdadero.

Mas también tú te irás.

Y toda esta tristeza y este esfuerzo
serán un sueño repetido y roto.

III

De la consolución por la
poesía

Bajo la pluma

Hace ya muchos años yo decía
que escribir es la prueba de que vivir no basta.

Hechos de tiempo estamos, de materia muriente;
y nos encomendamos a la pluma
para que nos rescate del naufragio
del tiempo. En ocasiones nos otorga
una reencarnación en quien nos lee,
puesto que, fugazmente, le dictamos
su vivir con palabras que eran nuestras.

Hoy, lejos de un ayer que siempre vuelve,
escribo preguntándome si el verso
puede resucitar a quien lo escribe
o también la palabra es un cadáver.

Épica del dolor es la derrota
del hombre por la muerte. Y el poema
da fe de esa tragedia.

Ofrenda y redención

He pasado mi vida buscando al hombre eterno,
cuanto de él hay en mí, para saber si soy
hermano de su especie o criatura sin nombre.

Bulle en mi ser su carne doliente y metafísica;
y combato sus ansias; y me acosan sus tedios.

Sed de inmortalidad y conciencia de muerte
hacen de la existencia un campo de batalla
en el que yace herido, y humillado, mi espíritu.

Quisiera liberarme del dolor de existir,
y procuro mi muerte. Pero cuando el puñal
briza mi corazón, un manantial dormido
brota de no sé dónde y me impulsa a decir
cuanto de mí conozco, pues así hallo sosiego;

y acaso también sirva mi búsqueda del alma
para que otras criaturas presas de indefensión
encuentren una luz entre las sombras.

Tal vez en esa ofrenda halle yo algún consuelo
con el que mitigar la desolada ausencia
de una fe, una verdad, un paraíso.

La solidaridad

Cuántas veces, absorto en un poema,
el corazón olvida sus congojas
y se viste de dicha.

El alma, en ese instante, halla la paz
que encontrara la pluma al escribirlo.

Ese es el prodigioso
fulgor de la escritura:
que alguien sembró un día
para que recogiéramos su fruto.

El hábito ambrosiano

Ante los manuscritos alzados en atriles,
una mano forjada con mil plumas
resume la experiencia luminosa
y en mis ojos escribe cuanto leo,
rubrica cuanto escribo.

Así, brotan pasados y futuros
en esta estancia hermosa donde la tinta sueña:
se reconstruye Ilión, puedo amar a Beatriz;
fecundo la mañana de los hombres;
me convierto en un hábil estratega del tiempo.

Tantas vidas he sido y tantas he de ser
que se me otorga, al fin, la eternidad.

Fulgor de la palabra

La mañana levanta entre las hojas
del árbol su esplendor, y emerge el día.
El aire es transparente. Fluye el agua
como una estrella que serpentease
en busca de la luz del universo.
Un pájaro me canta, y yo quisiera
saludar su alegría. Estalla el sol
sobre el ciprés y entre los cangilones.

Escojo una palabra. Siempre hay
un verso, alguna estrofa
que nos sedujo y viene a recordarnos
que es el nombre de nuestra identidad.
Rememoro una mano enjuta y firme
sosteniendo la péñola, trazando
su sabio biendecir.

Es una noche, al borde de la lumbre,
tal vez, de un monasterio.

El clavecín repite su armonía
estancia tras estancia; un madrigal
se oye a lo lejos; deja
sus aromas el sándalo.

Bajo el pequeño sol de las antorchas,
un cuerpo reclinado en un atril
-Manrique, o Garcilaso, quizá un rostro
sin nombre-, traza efigies de mí mismo,
profecías de lo que siento, ahora
que yo soy todos ellos.

Nazco en ellos, renacen en mis ojos:
una cadencia, unas palabras pueden
unir todos los hombres en un himno
para la eternidad.

Recita el pájaro
su canto transparente en una rama
sobre el arroyo, tiempo detenido
en la fugacidad del agua pura.

El esplendor del mediodía fulge
bajo el azul del cielo.

Lentamente,
igual que un manuscrito indescifrable,
la tarde se reclina
en el ocaso.

IV

Elogio de la isla

Arcadia nebulosa

Si algún día el dolor te sedujera
para acabar con tu melancolía,
acude al mar, contempla su infinito
como un fulgor errante y solitario
que nada necesita y lo da todo.
Mira cómo se elevan las gaviotas
entre los arrecifes; deja allí
el suicidio que ansías y desprecias.
Escucha el mar: en él nada es oscuro.
Siente su voluntad de firmamento
aherrojado en amargo manantial.
Toca su eterna transfiguración.
Inmerso en su celeste transparencia,
quiere elevarse el alma, alzarse
sobre el dolor, cantar.
Regresa a tu existencia cotidiana

igual que si una ola retornase
al abisal secreto de la espuma.
Camina montes, siembra madrugadas
en el atardecer, corona el día
con flores y templanza. Rememora
la sigilosa forma de la luz.
En el propio naufragio está la isla
y en el dolor su misma redención.

El invasor

He surgido del agua y me acomodo
con un libro en la mano, mientras suena
una flauta de Quantz. Cierro los ojos
y siento el paraíso reclinarse
sobre mi frente. Irrumpen en la estancia,
de súbito, las sombras; se oscurece
la luz en mi interior; y el lecho amable
va tomando la forma de una cripta
en la que yazgo inmerso entre tinieblas.
Una melancolía universal
me abraza y se desploma el universo
convertido en cenizas. Lucho, trato
de abrir los ojos. Pienso en un paisaje
hermoso y cenital; observo un cuadro
de Gainsborough; escribo en mi retina
un verso de Petrarca. De repente,

igual que me abismé en un cementerio,
abandono el osario, me levanto,
vuelvo a la claridad de la mañana.

La voluntad

Malherido en el campo de batalla,
me defendieron el valor y el bronce
de las armas. Surgían los cadáveres
como frutos sangrientos de la tierra
lujuriosa de muerte. Alcé los ojos
buscando en el fragor del firmamento
un rastro de la aurora. En la espesura
del bosque las cornejas aguardaban
el festín sobre el valle. Como un río
hediente iba la sangre salpicando
la escarcha, y tanto cuerpo
amenazado por la podredumbre.
Vi un cuervo erguir sus alas y lanzarse
sobre mi corazón sajado. Ardió
la clamorosa espada. Y un corcel,
relámpago del sueño, me condujo
de nuevo hacia la vida.

oniria.com

La soledad devasta. En ella, la tristeza
anida su dolor. Y la alegría
se convierte en fatal melancolía
que vuelve podredumbre la belleza.

El mundo se oscurece. Y cada día empieza
como una noche oculta.

Yo era joven.

Un día

ella murió; murieron mis anhelos; moría
la voluntad -el sueño, la firmeza.

Fueron tiempos de furia y de desolación.
Cada instante era en mí como una despedida;
y cada amanecer, un sol amortajado.

He vuelto a sembrar luz sobre mi corazón.
Las semillas arraigan. Reflorece la vida.
La primavera invade mi corazón helado.

La beatitud

Un paisaje varado delante de mis ojos,
un aroma de almendros, el tacto de la página
mientras leo unos versos con lentitud serena
o escribo unas palabras sobre la mansedumbre,
la música de Bach constante y renacido,
y algún recuerdo amable de lo que pudo ser
es cuanto yo quisiera poseer de este mundo.

Tras el naufragio

Siempre es más grande el mar que sus tormentas,
y cabe en él también el sosegado
fluir de su silencio caudaloso.

De semejante forma,
la tempestad del hombre halla armonía
en la apacible vida retirada
tras la consumación de las pasiones.

Elogio de la isla

El clavecín sonando en la alta noche
mientras el frío azul cae desde el cielo;
al amor de la lumbre, el libro hermoso
con su sabiduría y su templanza;
a veces, confidencias que la pluma
necesita decir para afirmarse.

Las estrellas derraman su perfume
junto a las lilas, en la madrugada.

Y entre tanta pureza y sencillez,
el corazón conoce la armonía.

Oda

Qué aromada belleza la del fruto
abierto en tajos o racimos, puesto
su relámpago dulce ante los ojos,
gozosos entre tanta algarabía
de sabor y color, y complacencia.
Uvas y fresas, nectarinas, moras,
sandías y manzanas, piñas, higos
y dátiles: un bosque de placeres
conjurados en el empeño amable
de alegrar los sentidos. Sorbo el fresco
fulgor de sus delicias; dejo el tacto
fluir desde mi boca hasta el más puro
deleite de mi carne;
y en ese instante el orden rige el mundo
y la existencia, frágil, se alboroz.

El ágape acabado,
¿acabó la frugal felicidad?
Sobre la tierra quedan los despojos
al amparo del sol y de la lluvia:
breves semillas que serán raíces
de árboles nuevos y de nuevos frutos.
Y considero que también el ave
y el pez fecundarán el mar, la tierra,
como el esplendoroso fruto finge
que su final no es transfiguración;
que, muerto yo, daré luz a una estrella
nacida de mi propia fe en la luz;
y que la muerte nada puede, nunca,
contra el vivir. Que seguirán los astros
muriendo: renaciendo.

Como si fuera un éxtasis

Agoniza la tarde, dulcemente
abrasada en los fuegos del crepúsculo.
Se detienen los pájaros,
y las criaturas buscan en el sueño
la comprensión de su existir, la dicha
de conocer el gran secreto, el rostro
que se oculta detrás del nombre “Dios”.

Me seducen las sombras: veo en ellas
el cincel de la luz,
la transfiguración de la desdicha.

Entra en mi corazón un rayo oscuro
y todo halla unidad, correspondencia.

En medio de la noche, bajo el claro

fulgor del firmamento,
un enjambre de estrellas me persigue.

Azimut

Es ese instante del día
o de la noche en que todo
se desprende de sí mismo
y la esencia de las cosas
se transfigura en perfume,
tacto, color y sabor,
la música del origen,
rostro, al fin, del gran secreto.
La estrella es aroma; el árbol
alza su luz; las espigas
dibujan sus pentagramas
en el viento; todo es paz.
Divisa el alma el clamor
de la plenitud, abraza
la fugacidad queriendo
retenerla: y cristaliza

la dulce contemplación,
útero y tumba en la noche,
bajo la luz del misterio.

De la furtiva eternidad

A través de milenios, las estrellas pulieron
su luz para que un día fulgurase un relámpago
y toda la creación se colmase en un ser;
las montañas alzaron sus duros roquedales,
el mar contó sus olas, y volaron los pájaros
mientras todo fluía hacia el lugar sublime.

El fervor luminoso, la piedra, el vuelo, el agua,
como primera arcilla del universo, unieron
sus hondas armonías hasta transfigurarse
en la fragilidad hermosa de tu nombre.

Como un canto rodado que tallase su efigie,
innumerables saurios, caracolas,
sílices y metales, materia constelada
y esquirlas de infinito, se fundieron

para tallar la vida, fecundaron
el seminal crisol de tu existencia.

Y aquí estás. Ante mí: como una redención
de la naturaleza indescifrable.

Nacen los pueblos, viven y se mueren.
Todo esplendor será ceniza un día.
Pero tú estás aquí y hoy es mi siempre.

Continuidad

Querida muerte mía: no me esperes
oculta en las tinieblas; sé que estás
injertada en mi vida como un yo
que no ha de completarse hasta que vengas.
No temo tu llegada; yo te doy
el ancho surco en que sembré infinitos;
tú me darás tu tierra, y ya presiento
que tal vez alimente a las criaturas
de las que estoy forjado y en mí viven:
toco mi corazón y en él escucho
palpitar las estrellas, y la noche
que fue mi origen; palpo en mis entrañas
las raíces de un árbol; soy la savia
con que tú has de saciar el universo
en su eterna expansión. Mírame, muerte:
robas mi voluntad, no mi destino.
Tú me aseguras la inmortalidad.

Retrato

Yo soy sólo mis sueños y no he de morir nunca
porque no me cumplí, y tengo que cumplirme.
Será en un cuerpo amado; tal vez en un combate
rebelde y luminoso; quizá en mi corazón.
En él guardo un abismo constelado que lleno
con soledad hermosa, la templanza ganada
día a día fluyendo hacia el silencio.

En mi serenidad no cabe el desvarío
ni la tristeza oscura: solamente la luz
de aquel que nada espera porque todo lo tiene
con sólo conjurar un nombre puro.

Cuánta delectación es el sosiego,
y qué felicidad saberse en paz con todo
tras el desasimiento innumerable.

Olvidar el pasado y no amar el futuro,
aprender de las cosas y enseñarme a mí mismo
fueron los horizontes que rigieron mi vida.
Lucho para ser digno de mis sueños.
Mi voluntad no admite la desesperación.

Mucho me dio la noche y me dieron los libros;
y en la escritura hallé la redención dorada.
Ojalá haya sabido legar algo a los hombres,
pues, al fin, hay en mi alma dulce misantropía.

Vivo como si fuera a despedirme; pero
en toda despedida hay un retorno
igual que en cada encuentro hay un adiós.

Criatura iluminada

(palimpsesto sobre R. K.)

Si, cuando todo muere alrededor,
tu voluntad te abraza a la existencia
y decides seguir viviendo, dando
sentido redentor a tu derrota;

si, venciendo la desesperación,
conviertes la esperanza en albedrío
y consigues soñar sin que los sueños
te desposean de la realidad;

si no aprendes a odiar, aunque te odien,
ni a mentir, a pesar de que te mientan;

si desconoces la simulación,
y, tras oír, desoyes las palabras
de los amigos y los enemigos,

y nadie puede herirte sino tú;

si, cuando dudas, sabes que dudar
es el camino para las certezas,
como también para la soledad,
y alcanzas a elevar desde tus ruinas
el alto alcázar que quisiste ser;

si admites que el umbral de la razón
nos impide sentir en plenitud,
que no hay mayor belleza que el misterio
ni más secreto hallazgo que la búsqueda,
y que aceptar el hecho de que existe
materia incomprensible es comprender;

si la desolación no te destruye
cuando fracasa la ritual quimera
de unir tu corazón al universo;

en fin, por tantas causas: si el dolor
de ser hombre te asfixia, pero logras
transfigurarle en fértil alegría

porque sólo la muerte ha de rendirte,
entonces, nada temas: tuyo es
el orden de las cosas: la quietud.

Del autor al lector

La poesía es una filosofía liberada del silogismo: una intuición silogística sin premisas nacida de la introspección.

Si trazamos una bisectriz a lo largo de la Historia de la poesía veremos que, fundamentalmente, es la misma que la de la Historia del hombre: un corazón puesto a pensar sobre sí mismo. De donde se deduce que un poema pretende ser tanto un autorretrato metafísico como un retrato del hombre universal.

Siempre he escrito para saber quién es Antonio Gracia, por qué vive, por qué debe morir, cómo hacer que la palabra le otorgue la vida que no tiene.

Entiendo la poesía como la confidencia inexcusable de un corazón que busca luz y ha de nombrar -por conjurarlas- las tinieblas. Pues sabe el hombre que sucumbirá con él aquello que ama y quisiera salvar. Con lo cual aparece el tema inevitable: la muerte como único ser que habita la existencia.

Y frente a la muerte, el Arte -la vigencia de un cuadro, de una música, un libro- es la única forma de eternidad que existe. De ahí que la Literatura sólo importe cuando se constituye en la formulación de una verdad humana. Y, por lo mismo, los poemas que quedan son aquellos en los que nos vamos reconociendo como hombres, no sólo como poetas, puesto que el Arte sólo

se justifica cuando crea, enriquece o perfecciona paradigmas.

Trágicamente: todo cuanto he escrito son apuntes para un texto que nunca conseguiré escribir. Aunque creo que en algún lugar de un libro hay una frase esperándonos para darle un sentido a la existencia.

ÍNDICE

José Luis García Martín: Poesía y fantasmagoría o la devastación de los sueños.	11
--	----

1.-El nombre de la vida

El astro enfebrecido	17
Noche estrellada	19
La metafísica	21

2.-Los rostros de la muerte

Exaltación de las ruinas	25
Lo inolvidable	26
Escrito en la frontera	27
Remémora	28
<i>Combatimento</i>	29
Ceniza sideral	30
El otro	32
Sobre una cripta	33
<i>Homo moriens</i>	34
El Sísifo infinito	36
Oda para un cadáver	37
Legado	39

3.- De la consolución por la poesía

Bajo la pluma	43
Ofrenda y redención	45
La solidaridad	47
El hábito ambrosiano	48
Fulgor de la palabra	49

4.-Elogio de la isla

Arcadía nebulosa	55
El invasor	57
La voluntad	59
<i>oniria.com</i>	60
La beatitud	62
Tras el naufragio	63
Elogio de la isla	64
Oda	65
Como si fuera un éxtasis	67
Azimut	69
De la furtiva eternidad	71
Continuidad	73
Retrato	74
Criatura iluminada	76
Del autor al lector	79